ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

RENDIRSE PARA VENCER,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MARIANO BARRANCO Y CARO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. EORRAS

N.º de la procedencia
301.

RENDIRSE PARA VENCER.

RENDIRSE PARA VENCER,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

MARIANO BARRANCO Y CARO.

Estrenada con extraordinario éxito en Madrid, en el Teatro de la COMEDIA, el dia 6 de Abril de 1877.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA, marquesa de Valleclaro...	Sra. Álvarez de Hernando.
LA BARONESA DE SANTA LUCÍA.	Sra. Alverá de Nestosa.
ROSA, doncella de Luisa.....	Sta. Morente.
GONZALO, marido de Luisa.....	Sr. Morales.
ERNESTO, marqués de Montellano.	Sr. Rodriguez.
GUSTAVO.....	Sr. Peña.
MIGUEL, mayordomo de casa de Gonzalo.....	Sr. Alverá.
JULIAN, criado.....	Sr. Oliva.

La accion en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. PEREGRIN GARCÍA CADENA.

Su nombre de usted en la primera hoja de mi comedia es el único valor que tiene mi pobre enjendro, y sus cariñosos consejos de usted la única esperanza que me alienta á seguir por el escabroso sendero del Teatro.

Mi gratitud, mi amistad y mi cariño le ofrecen á usted esta débil muestra de reconocimiento. Sea usted indulgente, y admítala de su admirador, discípulo y verdadero amigo

Mariano.

722192

ACTO PRIMERO.

Salon elegante: dos puertas laterales en primer término, otras dos en segundo, y una el fondo: un balcon. Luces en escena.

ESCENA PRIMERA.

LUISA y GONZALO.

Gonzalo lee un periódico y tiene delante una taza de café, el que se supone que ha tomado. Luisa sentada cerca de él.

LUISA. Vas á salir de casa?

GONZALO. Sí, pero sólo por un momento.—Quieres algo?

LUISA. Nada.—Se me figura que esta noche vendrá la Baronesa.

GONZALO. Efectivamente; esta tarde en paseo me ha preguntado si te quedabas en casa.

LUISA. Qué fastidio!... Te aseguro que me molesta su visita.

GONZALO. Bah!—Todas las mujeres sois iguales!

LUISA. Te equivocas. Entre Emilia y yo hay mucha distancia... (Con intencion.) Por más que algunos no saben apreciarla...

GONZALO. Pero hija mia... No encuentras ridículos tus celos?

LUISA. Celos?!... Por quién?—Por ella? Já!... já!... Tienes demasiado buen gusto para poder hacer caso á una mujer como esa!

GONZALO. Pues bien; á qué esa precaucion?

LUISA. El ridículo en que está la mujer casada cuando la sociedad la cree engañada por su marido, por más que esto no sea cierto, es siempre degradante para quien lo sufre!

GONZALO. Precisamente.—Me alegro que razones así!

LUISA. Qué! Negarás acaso lo que digo?

GONZALO. Al contrario.—Lo sostengo. Porque sé que es tambien muy enojoso para el marido, que estando convencido de lo contrario, teme que las gentes le puedan creer engañado por su mujer

LUISA. Y á qué viene eso ahora?

GONZALO. Á nada. Á sostener más tu aserto.

LUISA. Pero te referías á alguna mujer determinada?

GONZALO. No; á muchas que existen en sociedad, cuya conducta ligera puede dar motivo á suposiciones que honrando á ella muy poco, ponen en ridículo á su marido...

LUISA. Sí, existen muchas... ya lo creo!... Emilia por ejemplo...

GONZALO. No; Emilia es ya viuda, y por consiguiente no está en ese caso.

LUISA. Pero cuando casada la sucedía lo mismo. Es decir, esta no parecía sólo que ponía en ridículo á su marido, sino que desde luégo...

GONZALO. Por Dios, Luisa...

LUISA. No sé por qué te asustas?! Nadie mejor que tú puede comprender la verdad de mis palabras!... (Con intencion.)

GONZALO. Te repito que ni entónces, ni ahora, ni nunca, he tenido nada que ver con ella.

LUISA. Es natural. Tú has de negar; esforzarte en convencerme de lo contrario.—Pero sentiría que fuese cierto, al menos por que darias pruebas de tener muy mal gusto.

GONZALO. Pues si estás convencida de que he de preferirte á tí entre todas las otras, á qué mortificarme?

LUISA. Lo supongo tan sólo, pero el convencimiento no lo tengo.

GONZALO. Ea... dejemos esta cuestion...

LUISA. Te molesta, eh?

GONZALO. No, hija; pero tiene uno asuntos más graves en que pensar y...

LUISA. Asuntos más graves?! Sucede algo?

GONZALO. No, nada; pero las circunstancias son malas!...

LUISA. Cómo? Acaso nuestra situacion?...

GONZALO. Nuestra situacion es la misma. Vivimos de nuestras rentas.

LUISA. Pero nuestras rentas pudieran disminuir... tener nosotros que descender... y yo no podría acostumbrarme!... no, no, ¡esto sería horroroso!!

GONZALO. Pero, vamos, hija, tranquilízate, á nosotros no nos sucede nada de eso.

LUISA. Sí, no es posible! Tú no podrías permitir que tu mujer descendiera, que despreciáran su miseria los mismos que hoy admiran su fausto! No es cierto? Porque tú me quieres y estás seguro de mi cariño. (Con coquetería.)

GONZALO. Vamos, vamos, no seas niña. Al contrario, estoy en vísperas de hacer un buen negocio!

LUISA. De veras?! (Contenta.)

GONZALO. De veras. (Sí, debo callar!)

LUISA. Eso aumentará nuestras rentas! Te lo confieso, me gusta lucir, es mi única pasion!

GONZALO. (Por mi desgracia!)

CRIADO. (Desde la puerta.) Señor! Han traido esta carta para usía.

GONZALO. Venga. ¿Esperan contestacion?

CRIADO. No señor.

GONZALO. Bueno; vete. (Váse el Criado.)

LUISA. De quién es? (Por la carta.)

GONZALO. No sé. (Abre la carta, la lee, y turbado la mete en el bolsillo de su bata.) (Eh! Me niegan ese dinero!?)

LUISA. (Reparando en su marido.) (Se ha turbado!)

GONZALO. (Con tono natural.) Bah! Lo de siempre; un infeliz que pretende una colocacion.

LUISA. (Me engaña!)

GONZALO. Hay tanta miseria!...

LUISA. (Yo veré la carta!)

GONZALO. (Mirando el reloj.) Qué tarde!

LUISA. Es verdad.—Julian?

JULIAN. (Desde la puerta.) Señora?

LUISA. Dile á Rosa que vaya á mi tocador. (Váse Julian.) Estoy contenta con la noticia que me has dado.

GONZALO. Yo? Qué noticia?

LUISA. Ese buen negocio que vamos á hacer.

GONZALO. Ah! sí, es verdad.

LUISA. Hasta luégo. (Con cariño.)

GONZALO. Adios.

ESCENA II.

GONZALO solo.

Un buen negocio!? Yo?!... Y me niegan este dinero, no queriendo admitir la hipoteca que les proponía. (Rompe la carte y la tira á la chimenea.) Si Luisa pudiera corregirse!... Pero me he convencido ya de que es imposible: ama el lujo, la ostentacion, y yo no tengo valor de hacerla desgraciada! Pero sufro horrorosamente; pues si bien estoy seguro de que es buena, de que respetará sus deberes de esposa en lo que éstos tienen para ella de más sagrado, sin embargo, lo que en los primeros años de su juventud era ese sentimiento delicado de coquetería propio de la mujer, con el tiempo se ha convertido en un deseo inmoderado de competir con las otras mujeres; de mantener una contínua córte de aduladores que la conserven su reinado de mujer hermosa, y esto me hace vivir en perpétuo temor! Un dia, llevada por su deseo de verse más atendida, más considerada que cualquier otra, comete una imprudencia, y la sociedad, que no tiene el deber de inspeccionar el corazon del indivíduo sino de juzgarle por los actos con que se presenta en ella, tendrá el derecho de publicar su descrédito! De señalar mi ridículo. Y entónces!...—Bah!—Qué he de hacer? Es incorregible!—Si yo le hablase así, pensaría que dudo de ella, y tengo el convencimiento de que no ha de faltar á su deber!

CRIADO. (Desde la puerta.) El señor marqués de Monteblanco.

GONZALO. Que pase. (Váse el Criado.) Qué temprano viene! Qué querrá?

ESCENA III.

GONZALO y ERNESTO.

ERNESTO. (Entrando.) Buenas noches, Gonzalo.

GONZALO. Qué agradable sorpresa!

ERNESTO. Tiene su explicacion. Vengo tal vez á molestarte.

GONZALO. Oh! tú no me molestas nunca.

ERNESTO. Muchas gracias. (Se sientan.)

GONZALO. Y qué es ello?

ERNESTO. Chico, estoy, como sabes, atravesando una crísis horrorosa.

GONZALO. Cuestion de... (Indicando dinero.)

ERNESTO. Sí, de viles ochavos.

GONZALO. Pues parece que es epidémica.

ERNESTO. Efectivamente: no soy el sólo ejemplar. Pero hay más, hay más, querido Gonzalo. Tengo la suerte más negra... Mira, mira qué carta me he encontrado en casa al ir á comer. (Saca una carta sin sobre y se la da á Gonzalo.)

GONZALO. Á ver... (Lee la firma.) «Simon de Lama.» Ah!

ERNESTO. Sí, ese judío! Lee, lee.

GONZALO. (Leyendo.) «Señor marqués: no me es posible esperar »más tiempo; hace tres dias cumplió el plazo para de»volverme los veinte mil reales que le presté, sin más »fianza que un recibo y su palabra de caballero. Recla»mo, pues, los cuarenta mil reales á los que ascienden, »segun convinimos, sumados los intereses del dicho »préstamo.» ¡Qué ladron!

ERNESTO. Sigue, sigue.

GONZALO. (Continuando.) «Siento decirle que sólo espero seis horas, »pasadas las cuales me veré en el duro caso de tener »que cobrarlo judicialmente, y usted, por lo tanto, de »sufrir el embargo de sus bienes. Besa su mano, Simon »de Lama. Mis señas...»

ERNESTO. Ya ves!

GONZALO. Y no tienes ese dinero?

ERNESTO. Hoy, como no lo pinte! Pero espero tenerlo dentro de ocho dias. Y si tú me hicieras el favor de prestármelo...

GONZALO. Bien sabe Dios, Ernesto, que lo haría con muchísimo gusto. Pero hoy no tengo esa cantidad en casa. Te lo aseguro.

ERNESTO. No, hombre, no. Era sólo por si te era posible...

GONZALO. Sí, podré pasado mañana, mañana quizás, y si pudieras conseguir que espere, yo mismo mandaría esa cantidad.

ERNESTO. No sabes lo que te lo agradezo! Toma, ahí tienes sus señas. (Le da la carta sin sobre que Gonaalo guarda en el bolsillo.) Te ruego que no se vea esa carta!

GONZALO. No tengas cuidado; precisamente no dice más que «Señor Marqués... de modo que puede ser mia perfectamente.

ERNESTO. Pero de todos modos...

GONZALO. Vé tranquilo.

ERNESTO. Pues muchas gracias. Te dejo. (Levantándose.)

GONZALO. Yo tambien voy á salir.

ERNESTO. Qué? No estais en casa esta noche?

GONZALO. Oh! sí, Luisa no sale, y yo vuelvo en seguida.

ERNESTO. Ah!

GONZALO. Esta noche viene Emilia, sabes?

ERNESTO. Sí, lo sabía.

GONZALO. Cómo van tus amores?

ERNESTO. Cá!... Es una mujer tan fácil... que no me causa ilusion ninguna. Yo amo la lucha, la dificultad.

GONZALO. Tunante! Tienes una suerte!...

ERNESTO. Bah! Se deja uno querer y nada más. Hasta luégo, eh?

GONZALO. Sí, adios. (Váse Ernesto.) Oh! que fatalidad! No haber tenido ese dinero... Verme obligado á confesarlo! Maldito lujo! Maldita ostentacion! (Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA IV.

LAISA sola, lujosamente vestida.

LUISA. Me gusto! (Mirándose al espejo y con coquetería.) Es preciso demostrarle á esa envidiosa que puedo luchar con ella! Que puedo vencerla!—Ha querido abatirme hasta el punto de pretender el amor de Gonzalo! Oh! Yo le juro que esa córte nécia de aduladores que la rodean halagando su vanidad, los ha de ver muy pronto rendidos á mis piés, humillados ante mí. Y cuando no tenga más remedio que conceder mi superioridad! Eclipsado por mí ese sol... Él y sus satélites merecerán mi desprecio!! Brillar! humillar! esta es la gloria de la mujer. ¿No debe ser tambien su táctica para cultivar su felicidad? ¿No debe sostener una lucha de todos los dias para conservar á los ojos de su marido una superioridad que la garantice la posesion de su amor, y haga imposible el triunfo de una rival? Porque yo amo á Gonzalo; quiero conservar su cariño, y para ello... (Mirándose al espejo y arreglándose el peinado con coquetería.) es claro, para ello es preciso que no encuentre cerca de él ninguna mujer más brillante ni más adulada que yo. Oh! bien mirado, yo creo que mis hábitos de lujo y de inocente coquetería no son hijos del instinto, sino del cálculo, armas con que toda mujer celosa de su felicidad, debe estar en guardia contra la usurpacion.

ESCENA V.

LUISA y GONZALO, dispuesto para salir de casa.

GONZALO. Bravo! Apostaría la cabeza á que no se encuentran dos mujeres más hermosas que la mia.

LUISA. Si habías tú de ser el juez, pronto te quedabas sin ella.

GONZALO. Qué pesada eres!

LUISA. Dí que no tengo razon? Estreno hoy este vestido, y ni durante la comida ni despues, has tenido una palabra de

justa alabanza á mi buen gusto.

GONZALO. No lo he dicho, pero lo he pensado. Es muy lindo.

LUISA. Qué buen rato va á pasar la envidiosa Baronesa!

GONZALO. Qué afan en mortificarla!

LUISA. Yo? No. Ella es quien quiere luchar conmigo.

GONZALO. Pues trabajillo le doy!

LUISA. No puedes figurarte lo que sufre cuando oye alabar mi toilette! Yo creo de que son celos de que tú me encuentres más hermosa que á ella.

GONZALO. Qué tonta eres. (Con cariño.)

LUISA. Como en otro tiempo te gustó...

GONZALO. Pero, hija... No sabes que es Ernesto quien...

LUISA. Cómo?! Ernesto?!

GONZALO. Si es ya público.—No puedes figurarte lo que Emilia ha hecho por conseguir hacerse querer.

LUISA. Lo creo; está ya tan desacreditada!

GONZALO. Positivamente; le tienes provencion.

LUISA. No lo creas, su conducta es púhlica!...

GONZALO. Vaya! hasta luego.

LUISA. Dónde vas?

GONZALO. Al Casino. Tengo que ver á Zambrano.

LUISA. Á tratar sin duda de ese negocio de que me has hablado?

GONZALO. No, hija; no te preocupes tanto. Es todavía inseguro.

LUISA. Yo creí...

GONZALO. Vaya, hasta despues. (Váse.)

LUISA. Vuelve pronto.

ESCENA V.

LUISA sola.

LUISA. Que es inseguro ese negocio?... Acaso esa carta que recibió?... Sí; se turbó al leerla... me ocultó su contenido!... Yo la veré! Debe de estar en el bolsillo de su bata. (Entra en el cuarto de Gonzalo.)

ESCENA VI.

MIGUEL y JULIAN que van haciendo lo que marca el diálogo.

MIGUEL. Deja esa leña en la chimenea y ven; hombre, ven... arregla estos muebles... sois lo más descuidados!... No sabes que la señora se queda en casa?

JULIAN. Sí, pero creí que Antonio...

MIGUEL. Antonio, Antonio! Uno por otro y la casa sin barrer: y á propósito: adviértele que no se mueva de la antesala. Has oido?

JULIAN. Sí, señor. (Julian acaba de arreglar los muebles y se vá, Miguel queda arreglando la chimenea.)

MIGUEL. Son lo más descuidados!...

ESCENA VIII.

LUISA y MIGUEL.

LUISA. Dios mío!! (Saliendo trémula y con una carta en la mano.) Mis sospechas eran fundadas! (Viendo á Miguel.) Ah! Miguel?!

MICUEL. Señora?...

LUISA. Atiende. El señor marqués, tiene dinero ?

MIGUEL. Supongo que no.

LUISA. Que no?!...

MIGUEL. Me mandó escribir á Lorca para que mandaran en seguida.

LUISA. (Si, su turbacion al recibir esta carta!...)—Y dime, ¿cuándo llegará ese dinero?

MIGUEL. Mañana ó pasado, tal vez...

LUISA. (Mañana! Y la carta da sólo seis horas de plazo, seis horas. Despues el embargo, la vergüenza, la deshonra de que puedan enterarse de nuestra situacion?!... No, no! Todo, todo ántes que tal ignominia!)

MIGUEL. Necesita la señora algo?

LUISA. Sí, he recibido una cuenta y necesito pagarla inmediamente.

MIGUEL. Cinco ó seis mil reales es lo que quedará!

LUISA. No basta, se necesita más!

MIGUEL. Pues hasta mañana que se reciba de Lorca...

LUISA. (Si yo tuviera mis alhajas! ¡Ah! Pero tengo mi aderezo de boda, el único que no me atreví á tocar... Y si Gonzalo lo sabe? Lo callaré! Sí! Procuraré pagar esa cantidad en cuanto se reciba el dinero. Y sobre todo; no evito así la vergüenza de un embargo, la ignominia de que puedan enterarse de tal deshonra?! Sí, sí! Espera, Miguel. (Entra en su cuarto.)

MIGUEL. Está bien, señora.—(De qué será esa cuenta? Bah! Lo de siempre, apuros, disgustos... por el afan de sostener un lujo desmesurado! Los señores que podían vivir tan desahogadamente, tan tranquilos. Pero la señora, caprichosa, el señor marqués queriéndola tanto, no se atreve á negarle nada, y siguiendo así, dentro de algunos años no tendrá más remedio que negarle hasta el más inocente de sus deseos. Si consistiera en mí... bien sabe Dios que no habia de faltarles nada.

LUISA. (Saliendo de su cuarto.) Mira. Vas inmediatamente á llevar esta carta á su direccion. Preguntas si vive allí don Simon de Lama, y entregas la carta y este estuche. Entiendes?

MIGUEL. Sí señora. Tengo que esperar contestacion?

LUISA. Sí, pero no digas quién te manda. Por la carta lo comprenderá.

MIGUEL. Está bien.

LUISA. Al señor marqués, ni una palabra.

MIGUEL. Así lo haré. (Qué será?) (Váse.)

ESCENA IX.

LUISA, despues GUSTAVO.

LUISA. He hecho bien de no firmar la carta; pudiera verla alguno... y... Ese usurero no tendrá inconveniente en admitir el aderezo como depósito, hasta que mañana se pueda pagar esa cantidad Su carta está fechada á las cuatro de la tarde, son las nueve, y era preciso no perder tiempo. Si yo no veo la carta y se efectúa el embar-

go!... Gonzalo me hubiera expuesto á tal vargüenza!.. No lo creí nunca. (Entra Julian y anuncia desde la puerta.)

JULIAN. El señor de Castro. (Váse.)

LUISA. Que pase. (Luisa se arregla un poco en el espejo y se sienta ya tranquila.)

GUST. Á los piés de la encantadora marquesa.

LUISA. Amigo Gustavo, tanto tiempo sin verle á usted...

GUST. He llegado de París hace dos dias.

LUISA. De París?

GUST. Sí, señora, he estado allí dos meses.

LUISA. Y cómo ha dejado usted aquello?

GUST. Oh! crea usted que lo he dejado... con todo el dolor de mi corazon.

LUISA. Lo creo.

GUST. Aquello es delicioso! Y le aseguro á usted que si en Madrid no hubiera mujeres como la marquesa de Valleclaro, positivamente, sentaba mis reales en París.

LUISA. Muchas gracias, pero permítame usted que no lo crea.

GUST. Se lo aseguro á usted. Hay pocas mujeres que reunan tanta perfeccion.

LUISA. Qué indulgente ha venido usted de Francia!

GUST. He conservado mi buen gusto, y por eso aprecio el mérito donde se encuentra.

LUISA. ¿Á cuántas ha dicho usted lo mismo desde su llegada?

GUST. No recuerdo. Pero á ninguna con más verdad que á usted.

LUISA. Oh!!...

GUST. Así es que no me ha extrañado que haya sus envidias y sus... Porque ha de saber usted que, aunque forastero, he procurado enterarme de todo cuanto ocurre en nuestra buena sociedad.

LUISA. Sí? Pues cuénteme usted. Porque yo no sé nada.

GUST. De veras, eh? Ignora usted por ventura las rabietas y los celos que su *toiletté* y su hermosura proporcionan á la tonta baronesa de Santa Lucía?

LUISA. Pobrecilla... si es tan buena!

GUST. Buena! Esa opinion le merece á usted?

LUISA. Y por qué no?!

GUST. Sé positivamente que ella no le corresponde á usted como debiera.

LUISA. No lo puedo creer...

GUST. Sí, señora, rabia, rabia desesperadamente cuando oye hablar bien de usted. Ni en elegancia, ni en hermosura, ni en nada puede igualarse, y... hé aquí su martirio.

LUISA. Esas son habladurías de las gentes!

GUST. No, marquesa, no, cuando yo lo digo, es porque me consta.

LUISA. Acaso ella...

GUST. Sí, algo, algo... se le ha escapado... que yo he recogido.

LUISA. Pues me extraña mucho. Viene á mi casa con frecuencia. Y esta misma noche nos han anunciado su visita.

GUST. Claro, para conocer los medios de combatir al enemigo hay que tratarlo de cerca.

LUISA. Dios me libre de sufrir la crítica de usted!

GUST. Seguro que no había de ser más que para dirigir á usted alabanzas.

LUISA. Muchas gracias.—Pero de todos modos, Dios me libre.

GUST. Pero, señora, ¿por quién me toma usted?!

LUISA. Por un crítico poco imparcial.

GUST. Voy á demostrarle á usted que no hay parcialidad en lo que he dicho.

LUISA. Me parece que le va á usted á ser muy difícil.

GUST. Usted ya sabe, Luisa, que nuestro comun amigo Ernesto, dando pruebas de muy buen gusto, ha distinguido á usted más que á otra alguna.

LUISA. Gustavo! (Con gravedad.)

GUST. Oh! no he supuesto ni por un momento que le haya usted correspondido en lo más mínimo! Pero la Baronesa, por hacerle á usted daño, sin duda, quiere sostener lo contrario.

LUISA. Eh?!

GUST. Puesto que se vanagloría de haberla á usted vencido consiguiendo el amor de Ernesto.

LUISA. (Con orgullo.) Oh! eso es imposible.

GUST. Así lo cuenta á todo el mundo.

LUISA. Gustavo, créame usted; si faltando á los deberes de una buena esposa, pensára en hacer caso á Ernesto ó cualquier otro, no sería ciertamente la Baronesa quien pudiera...

GUST. Ya lo creo! Cómo es posible compararla á usted! una mujer tan desacreditada...

LUISA. Sí, lo está positivamente.

GUST. Pero de qué modo... Si yo le contára á usted...

JULIAN. (Desde la puerta.) La señora Baronesa de Santa Lucía.

GUST. Oh!!

LUISA. Que pase. (Váse el Criado.)

GUST. Si llego á continuar...

LUISA. No, no ha oido nada.

GUST. Prepárese usted para la escrúpulosa revista que va á sufrir esa *toilette*.

LUISA. Ya estoy acostumbrada.

ESCENA X.

DICHOS y la BARONESA: ésta tambien muy bien vestida.

BAR. Querida mia... (Saludando á Luisa.)

LUISA. Adios, Emilia!

GUST. Á los piés de usted, Baronesa!

BAR. Adios, Gustavo.

GUST. Siempre tan hermosa y tan *comm'il faut*.

BAR. Muchas gracias.

LUISA. (¡Qué títere!)

GUST. La verdad es que son ustedes las dos mejores mujeres de Madrid.

BAR. ¡Qué francés ha venido usted!

GUST. Por qué, señora? si lo siento así.

BAR. (Distraida mirando el vestido de Luisa.) Se ha hecho usted ese vestido ahora?

LUISA. Sí, ayer me lo trajeron con otros cuatro.

GUST. Es precioso... y muy *chic*; es lo último en París.—Verdad que es precioso, Baronesa?

BAR. Sí... está bien.—Tengo uno muy parecido.

LUISA. Pues á mí no me gusta. Tanto que pienso darlo muy pronto á mi doncella.

GUST. (Toma esa!)

BAR. (Á Gustavo un poco cortada.) No le he visto á usted en paseo.

GUST. No. Me he pasado la tarde jugando al *Besic*.

LUISA. Qué vicioso!

GUST. No, por distraccion nada más. No sabe uno qué hacer en Madrid!

LUISA. Pues está muy animado.

GUST. Señora, viniendo de París se encuentra esto soso, muerto. Aquello es vivir y nada más.

LUISA. Pero cuando tiene uno que vivir en Madrid...

GUST. Claro, á la fuerza ahorcan! (Se presenta Miguel en la puerta y dice:)

MIGUEL. Señora?!... (Váse.)

LUISA. Voy, Miguel.—¿Ustedes me permiten? Voy á dar un recado.

GUST. No faltaba más... (Váse Luisa.)

ESCENA XI.

BARONESA y GUSTAVO.

BAR. Qué mujer más tonta! (Por Luisa.)

GUST. Oh! mucho. Si viene usted un momento ántes ¡qué de lindezas hubiera usted oido!

BAR. Sí?!...

GUST. No puede resistir... Vamos, no puede avenirse con que Ernesto la prefiera á usted.

BAR. Cómo?... Pretende acaso...

GUST. Convencidísima de que en cuanto ella se lo proponga...

BAR. Lo veremos!!

GUST. Por supuesto, Baronesa, que esto entre nosotros...

BAR. Pierda usted cuidado.

GUST. Únicamente por la amistad y el cariño que me ligan á usted, es por lo que yo...

BAR. No sea usted niño. Ni una palabra.

GUST. Ha notado usted lo del vestido?

BAR. Sí, que se lo iba á regalar á su doncella. Já! já! já!

GUST. Están acabando con todo.

BAR. Y á este paso...

GUST. Dentro de un año los veremos desaparecer por completo.

BAR. (Oyendo que se acerca Luisa.) Silencio!

GUST. (Cambiando de conversacion.) Sí, señora, es precioso este adorno! (Por uno que lleva la Baronesa.)

ESCENA XII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Perdonen ustedes; tenía que dar un recado á mi doncella.

GUST. Señora! No faltaba más! (Se sientan.)

LUISA. (Á Gustavo.) Á Ernesto no le ha visto usted hoy?

GUST. Á Ernesto? Nó.—Digo, sí, le he visto esta tarde y me ha dicho que vendría.

LUISA. Ya lo supongo.

BAR. Es natural.

LUISA. Él viene todas las noches.

BAR. Sí?... Pues yo le veo con mucha frecuencia en el teatro Real.

LUISA. Será sólo un momento, porque aquí viene temprano.

GUST. Saben ustedes que Ernesto está siendo el hombre de moda...

JULIAN. (Desde la puerta.) El señor marqués de Monteblanco. (Váse.)

LUISA. (Á la Baronesa con intencion.) No se lo decía á usted?...

BAR. (Á Luisa con intencion.) Esta noche no me extraña.

LUISA. No, si él viene todas las noches.

GUST. (*La tempésta e vicina.*)

ESCENA XIII.

DICHOS y ERNESTO.

ERNESTO. Á los piés de usted, Luisa.

LUISA. Querido Ernesto...

ERNESTO. Emilia!... (Saludando.)

BAR. (Con sequedad.) Viene usted del teatro?

ERNESTO. No, no he estado.

GUST. Aunque no quieras, Ernesto.

ERNESTO. Hola! Gustavo, perdona: no te hebía visto.

GUST. Lo comprendo. Teniendo estas hermosuras delante, no se ve nada más.

BAR. (Bajo á Ernesto.) (Siéntate á mi lado.)

LUISA. (Señalando un sitio á su lado.) Siéntese usted aquí, Ernesto.

ERNESTO. (Duda, y se sienta al lado de Luisa.) Con mucho gusto.

LUISA. (Por la Baronesa.) (He de hacerte rabiar!)

BAR. (Oh! yo me vengaré!)

GUST. (Estamos en plena tormenta!)

LUISA. (Á Ernesto.) Qué cuenta usted de nuevo?

ERNESTO. Señora, poco, puesto que el encontrar á usted hermosa no es nuevo para mí.

BAR. (Á Ernesto.) ¿Y había mucha gente en el teatro?

ERNESTO. No, si ya he dicho que no he estado.

BAR. Ah! sí, Es verdad.

GUST. De modo que no sabrás cómo salía la ópera?

ERNESTO. (Con guasa.) No.—Digo... me parece...

GUST. Sí, sí, perdona: soy lo más distraido!...

ERNESTO. Qué bonito vestido lleva usted. (Á Luisa.)

LUISA. Cuánto me alegro que le parezca á usted así!

ERNESTO. Por qué?

LUISA. Porque no me gustaba y ya me gusta.

ERNESTO. Oh! Luisa!...

LUISA. El voto de una persona de tan buen gusto es para mí muy atendido.

ERNESTO. Muchas gracias.

BAR. (¡Hipócrita!) (Por Luisa.)

GUST. (Me parece que hacemos un buen papel!)

ERNESTO. (Á Luisa.) Colocado en usted nada puede parecerme mal.

BAR. (Esto es insufrible!) Ernesto?

ERNESTO. Señora?...

BAR. ¿Entiende usted el pulso?

ERNESTO. Un poco.

BAR. ¿Quiere usted pulsarme?

ERNESTO. Con mucho gusto. (Se levanta y lo hace.)

LUISA. Está ested mala?

BAR. No; creo que no es nada.

LUISA. Quiere usted tomar algo?

BAR. No, gracias. (Bajo á Ernesto.) (Estoy haciendo un papel tonto!)

ERNESTO. (Bajo á la Baronesa.) No seas ridícula.

BAR. (Bajo á Ernesto.) (Te he dicho que te sentáras á mi lado.) (Ernesto se encoge de hombros y no contesta.) Cómo lo encuentra usted? (Alto.)

ERNESOT. Un poco alterado.

GUST. Oh! Eso debe ser nervioso. En cuanto tome usted el thé....

LUISA. Sí, diré que lo preparen en seguida.

BAR. Si no es preciso...

LUISA. ¿Quiere usted llamar, Ernesto?
(Ernesto tira del cordon de la campanilla.)

BAR. Pero si no es nada!...

LUISA. Eso la calmará á usted mucho.

GUST. Oh! El thé, al ménos entre nuestros abuelos, era considerado como un gran medicamento.

JULIAN. Señora? (Desde la puerta.)

LUISA. Que preparen el thé. (Váse el criado.)

BAR. (Bajo á Ernesto.) (Te prohibo sentarte á su lado.

ERNESTO. (Bajo á la Baronesa.) Qué rareza!)

LUISA. Ernesto, siga usted su historia, me hace mucha gracia.
(Ernesto se sienta y habla bajo con Luisa.)

BAR. (Oh!)

GUST. Sigue la incomodidad?

BAR. No, ya pasó!

GUST. (Bajo á la Baronesa.) (No haga usted caso, yo le ayudo á usted, y la venceremos.

BAR. (Bajo á Gustavo.) Oh! es insufrible!)

LUISA. (Á Ernesto.) Já!.. Já!... já!... Es toda una comedia!

BAR. (Á Gustavo.) Conque decía usted que ella engañaba á su marido? Já, já, Já!

GUST. ¡Eh? (Sorprendido.)

BAR. (Bajo.) (Finja usted.)

GUST. (Ah!) Sí, sí; engañaba á su marido.

BAR. Pero éste, llegaría á enterarse, y justamente, daría á su mujer...

GUST. Eso, eso, le dió... una satisfaccion.

BAR. (Bajo.) (No, hombre, no!)

GUST. Digo... no, le dió una paliza tremenda.

BAR. Já, já, já! Es gracioso!

LUISA. (Á la Baronesa.) ¿Alguna historia nueva?

BAR. No; nueva no, pero hasta ahora no era conocida.

LUISA. Y se puede saber?

BAR. Sí, no es ningun secreto. Figúrense ustedes...

ERNESTO. (¿Qué irá á decir!)

ESCENA XIV.

DICHOS y GONZALO.

GONZALO. (Entrando.) Señoras...

BAR. Adios, Gonzalo.

GONZALO. Encantadora Emilia, ¿cómo va?

BAR. Muy bien.

GONZALO. Hola, Gustavo. (Saludando tambien á Ernesto.)

GUST. ¿Cómo te va, Gonzalillo?

LUISA. (Á su marido.) Has estado en el teatro?

GONZALO. No, no he estado más que en el Casino.

LUISA. Vamos, siga usted.. siga usted su historia.

GONZALO. Una historia?

BAR. Sí, oiga usted, que tiene gracia.—Figúrense ustedes que á una señora se le ocurre engañar á su marido, teniendo amores con otro hombre; y juzgando que le sería muy difícil ocultárselo, á pesar de que el favorecido era íntimo amigo de la casa, ideó este medio: hizo que su amante le hiciera la córte á una de sus amigas

y cuando el bueno del marido se enteró de estos amores, la mujer, tranquila ya, se entregó por completo en brazos de su amante.

GUST. Tiene grácia! Es ingeniosa!!

GONZALO. Sobre todo para el marido.

ERNESTO. (Qué imprudente!) (Por la Baronesa.)

LUISA. Pues á mí me parece que el verdadero ridículo lo sufría esa amiguita, pantalla como si dijéramos de aquellos amores.

BAR. Luisa, esa señora lo ignoraba todo. Pero en el momento en que lo supo, enteró de todo al marido de su amiga.

LUISA. Y ese marido, que hasta entónces había confiado en su mujer, creyó desde luégo el cuento?

BAR. Es natural. (Cogiéndose del brazo de Ernesto, y bajo.) (Está celosa de todo!

ERNESTO. Es tonta!) (Siguen hablando bajo.)

LUISA. Encuentro esa historia inverosímil.

BAR. Pues es cierta.

GONZALO. (Qué me dices?!!) (Bajo á Ernesto.)

ERNESTO. Supónte tú cuál sería mi sorpresa, cuando me dijo que una persona, no dando su nombre, envía esa alhaja en depósito hasta que yo pueda pagar esa cantidad.

GONZALO. Y no sospechas quién pueda ser?...

ERNESTO. No, por más que pienso... Desde luégo es una mujer, al ménos así lo indica la carta que ha recibido el usurero.

GONZALO. Tal vez Emilia...

ERNESTO. Cá! La letra de Emilia la conozco perfectamente.

GONZALO. Tienes una suerte!!...

ERNESTO. Pero es muy extraño!

GONZALO. Podría yo ver esa carta?

ERNESTO. Sí, la tengo aquí. Pero es letra que no conozco.

GONZALO. Dámela: tal vez yo... (Toma la carta.)

CRIADO. El thé, señora. (Váse.)

LUISA. Vamos? Ernesto, déme usted el brazo.

BAR. (Oh! no.) (Bajo á Ernesto.)

ERNESTO. Con mucho gusto. (Sin hacerle caso. Le da el brazo á Luisa y salen por el fondo.)

GONZALO. (Viendo la carta y palideciendo.) (Dios mio! La letra de Luisa! Sí, no hay duda, es su letra! Qué abominacion! y Ernesto ignora que es ella?!) (Gustavo ve la carta que lee Gonzalo, y dice á la Baronesa.)

GUST. (Letra de Luisa! Qué será?? Quiere usted mi brazo?

BAR. Espere usted. (Bajo, y tomando el brazo. Alto, y con intencion que lo oiga Ernesto.) Es graciosa la historia, verdad?

GUST. Oh! Mucho, mucho!

BAR. Los maridos... viven demasiado confiados. (Salen por el fondo.)

GONZALO. (Oh!) (Al oir á la Baronesa.)

BAR. No viene usted, Gonzalo?

GONZALO. Sí, voy en seguida.

ESCENA ÚLTIMA.

GONZALO, despues ERNESTO.

GONZALO. Oh! no, no es posible dudarlo. Luisa, Luisa ha faltado tan groseramente á sus deberes? Pisotear de este modo su decoro!? (Viendo á Ernesto que entra y disimulando.)

ERNESTO. Qué? Conoces la letra?

GONZALO. Sí, hombre, sí. ¡Pobre Ernesto! Pero qué, tú, de veras, no has caido?

ERNESTO. Te digo que estoy en Babia.

GONZALO. No presumes siquiera?...

ERNESTO. Ni por sueños.

GONZALO. (No sabe nada!)

ERNESTO. Pero tú conoces la letra: habla. ¿Quién es ella?

GONZALO. Já! já! já! Eres muy torpe. Ya te lo diré. (Vánse.)

Cae el telon.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO y MIGUEL.

Gonzalo sentado y examinando unas letras de giro. Miguel de pie á su lado, examinando otras.

GONZALO. Son á la vista las letras?

MIGUEL. Sí señor, todas.

GONZALO. Corriente; dámelas, yo mismo iré á cobrarlas. (Miguel le da las letras.) Hoy hay tiempo todavía?

MIGUEL. Creo que sí.

GONZALO. Está bien.

MIGUEL. No quiere usía nada más?

GONZALO. No, puedes retirarte. (Ah! Tal vez sepa éste...) (Deteniéndole.) Miguel...

MIGUEL. Manda usía?

GONZALO. Escucha. ¿Fuiste tú ayer con un recado de la señora á la calle de la Cruz?

MIGUEL. Á la calle de la Cruz?... (Disimulando.) No señor.

GONZALO. Dí la verdad!

MIGUEL. Aseguro á usía...

GONZALO. Ya sé que la señorita te mandó callar. Era una sorpresa que quería darme, pero ya no hay caso, puesto que lo he sabido.

MIGUEL. (No sé qué hacer...) (Dudando.)

GONZALO. Vamos, dí; no llevastes un estuche y una carta á casa de don Simon de Lama?

MIGUEL. Ya que usía lo sabe...

GONZALO. Lo llevastes? Por qué me lo ocultabas pues?...

MIGUEL. Perdone usía, la señora marquesa me recomendó callarlo.

GONZALO. (Sí, lo comprendo...) ¿Y te dijo la señora con qué objeto?

MIGUEL. Creo que tenía que pagar una cuenta, y como no había suficiente dinero en casa...

GONZALO. Y sabes de quién era esa cuenta?

MIGUEL. De la señora marquesa. Y sin duda porque usía no se enterára...

GONZALO. Sí, sí, eso es, porque yo no me enterára. De modo que no le digas que lo sé. Vale más que continúe creyendo que lo ignoro!

MIGUEL. Asi lo haré. La señorita es tan buena...

GONZALO. Sí, mucho. Vé y mira si está puesto el coche.

MIGUEL. Con permiso de usía. (Váse Miguel.)

ESCENA II.

GONZALO solo, despues MIGUEL.

GONZALO. Buena!... Yo tambien lo creí. Pero qué amargo desengaño! Y no hay duda, tengo la evidencia de su delito... Esta carta, (Sacándola.) la confesion de Miguel... Oh! Es para volverse loco! Cómo ha podido ultrajar con accion tan vergonzosa su decoro y mi honor? Cómo imaginar que su abominable vanidad, su loco afan de pisotear el orgullo de Emilia, había de llegar al extremo de empeñar una lucha tan indigna para disputarle su amante, para herirla en lo que tiene de más sensible el orgullo

de la mujer. Porque no hay duda, Ernesto no es su cómplice!... no lo es aún!... Ernesto no sospecha siquiero que ha sido Luisa quien... Oh! Si yo pudiera ahogar ese secreto de infamia... ocultar mi deshonra?... Sí, sí, es preciso encontrar un recurso, salvar, si es posible el decoro á los ojos del mundo. Y despues...

MIGUEL. El coche está dispuesto. (Desde la puerta.)

GONZALO. Voy. (Sí, debo ver á ese usurero, rescatar, si es posible, ese aderezo, padron de mi ignominia. Es indispensable.) (Á Miguel.) Mira, si viene el señorito Gustavo, dile que espere. Yo vuelvo en seguida.

MIGUEL. Está bien.

GONZALO. (Gustavo vió la carta, pudiera sospechar, y es preciso desvanecer sus recelos.) (Váse derecha.)

ESCENA III.

MIGUEL, despues GUSTAVO.

MIGUEL. Pues señor, me parece que he cometido una tontería! ¿Quién me manda á mí confesar lo del aderezo, cuando la señorita me encargó callarlo? Claro! Por más que haya querido disimular, es evidente que al señor marqués no le ha parecido plato de gusto el empeño de esa joya. Y si supiera que es de las pocas que quedan en casa... Válgame Dios, y qué maldito afan de lujo.

GUST. Está el señor marqués?

MIGUEL. En este momento acaba de salir en coche. Pero me ordenó que si venía el señorito, tuviera la bondad de esperar.

GUST. Tardará mucho?

MIGUEL. Dijo que volvía en seguida.

GUST. Está bien, le esperaré. (Váse Miguel.)

ESCENA IV.

GUSTAVO, despues ERNESTO.

GUST. Pues señor, es delicioso. Bien dije yo que aquella carta

era de Luisa! Pero quién había de sospechar siquiera que llevase su pasion por Ernesto hasta el punto de dar un escándalo de esa naturaleza! Digo! Empeñar un aderezo para pagar la cuenta del amante! Porque el aderezo que he visto en casa de ese usurero es de Luisa, no cabe duda. Y Emilia enterada por mí, y justamente indignada al verse arrebatar el amante, trata segun parece de tomar la revancha! Confieso que estoy en mi centro con todas estas cosas. Mañana lo sabrá todo Madrid, y yo podré contar hasta los detalles más insignificantes!

ERNESTO. Bueno, le esperaré. (Desde dentro y como hablando con un criado.)

GUST. (Calle! Hé aquí el héroe del drama!)

ERNESTO. Hola, Gustavo, esperas á Gonzalo?

GUST. Sí, ha dejado dicho que volvía en seguida. Y tú?

ERNESTO. Tambien. Vengo á proponerle dar un paseo ántes de comer.

GUST. Qué tunante eres!

ERNESTO. Yo? Por qué?

GUST. Por la peana se adora al santo!

ERNESTO. Al santo?

GUST. Ó á la santa, mejor dicho.

ERNESTO. Como no te expliques más...

GUST. Á qué ocultarlo, si ya lo sabe todo el mundo!?

ERNESTO. El qué? Lo de Emilia?

GUST. Cá! Lo de Luisa.

ERNESTO. Lo de Luisa?!

GUST. Precisamente. (Con intencion.)

ERNESTO. Gustavo, esa es una broma de mal gusto.

GUST. Qué broma, ni qué niño muerto. No veo el empeño de negarlo, cuando mañana lo sabrá todo Madrid.

ERNESTO. Pues yo te digo que por desgracia todo Madrid estará en un error. Créeme, Gustavo; Luisa, que es al parecer una mujer ligera, expugnable; yo la conozco bien, y sé que todo eso no pasa de la superficie. Es, en una palabra, una virtud que se complace en jugar con el peli-

gro, pero que no sucumbe jamás.

GUST. Luisa una virtud?!... Bah! bah! bah!

ERNESTO. Te lo aseguro!

GUST. Bueno, te lo concedo. Pero la virtud más decantada de la tierra es víctima de una pasion, independiente muchas veces de su voluntad.

ERNESTO. Una pasion? Y por mí? Quién ha podido inventar ese embuste?

GUST. No hay invencion que valga; se ha sabido el hecho y nada más!

ERNESTO. El hecho?! (Muy extrañado.)

GUST. Digo... me parece que el peligro á que se expone una mujer casada pagando con una de sus alhajas la deuda del amante...

ERNESTO. Cómo?! Qué has dicho?

GUST. Reconocí la letra de aquella carta; era de Luisa, pero como estaba Gonzalo delante...

ERNESTO. De Luisa? Já! já! já! Tú has visto visiones.

GUST. Te aseguro...

ERNESTO. Aseguras mal. La carta, yo debí comprenderlo desde luégo, fué dictada por Emilia, y en su poder están ya esos brillantes.

GUST. Cómo?! Le has mandado el aderezo?!

ERNESTO. Qué! Crees por ventura que podía yo admitir ese sacrificio? He buscado ese dinero y...

GUST. Pero, hombre, si te aseguro que es Luisa...

ERNESTO. Dale! Yo te digo que estás en un error! Ademas, si la letra fuera de Luisa, crees que al enseñar yo la carta á Gonzalo...

GUST. Ah!

ERNESTO. Ah! (Remedándole.) Te convences ya de que no veías claro?!

GUST. No señor, no me convenzo. Vamos á ver, ¿qué hizo Gonzalo al ver la carta?

ERNESTO. Se maravilló de mi torpeza, y se rió de mí al ver que...

GUST. Conque se rió?! Pues, chico, una de dos, ó fué la risa del conejo ó estaba en el secreto del negocio. Porque ya

no tengo duda de que la letra del papel era de Luisa, la conozco como la mia propia. Tengo pasion por coleccionar autógrafos de mujer, y precisamente el de Luisa es uno de los más repetidos de mi álbum. Bah! á tiro de fusil conozco yo... Tiene cierto sello característico, cierto *chic*. Vamos, no te quepa duda, es ella.

ERNESTO. Pues bien, supongamos por un momento que sea así. ¿Cómo me explicas la actitud de Gonzalo?!

GUST. La actitud de Gonzalo?! De una manera muy sencilla: ó se ha tragado la pócima con gran disimulo, ó basta que la cosa se refiriera á su mujer para que él no comprendiera lo que el más extraño comprendería á primera vista. No parece sino que esto es nuevo!

ERNESTO. La verdad es que estoy en una situacion...

GUST. En una situacion que está dos dedos del ridículo más espantoso.

ERNESTO. Qué?

GUST. Suponte tú que el aderezo que has mandado á Emilia sea, como yo creo con razon muy sólida, un sacrificio de amor de la otra. Já! já! já! Hombre, merecías que te pusieran en aleluyas!

ERNESTO. Pero si te digo que no puede ser... si estoy seguro...

GUST. Vaya, te digo que estoy seguro, que tengo motivos muy fundados, comprendes? motivos que en este momento no puedo revelarte. (Como que he visto el aderezo.) Y yo que tú pronto saldría de la duda y enmendaría las consecuencias de un error grosero!

ERNESTO. Y veamos, diplomático profundo, ¿qué harías tú en mi lugar?

GUST. Yo, en tu lugar, tantearía á Luisa con cierta picardía y pronto sabría á qué atenerme.

ERNESTO. (En efecto, yo debo averiguar...)

GUST. Porque si ella, como creo, te ama y tú no aprovechas la ocasion... Eres digno de un presidio.

ERNESTO. Pero delante de Gonzalo?

GUST. No. Vete. Yo te excusaré si le dicen que has estado. Él saldrá conmigo, y puesto que hoy comes aquí, vienes

ántes, ves á Luisa y...

ERNESTO. Tienes razon, yo debo saber...

GUST. Claro!

ERNESTO. Te suplico que ni una palabra...

GUST. Quieres callar! Son cuestiones muy delicadas para que yo... Adios, afortunado mortal! (Váse Ernesto.)

ESCENA V.

GUSTAVO, despues GONZALO.

GUST. Bravo!! Esto se complica! Pero qué inocente es el pobre Ernesto! Pensar que ha sido Emilia... y mandarle ese aderezo! Estoy seguro de que ella ha tenido una satisfaccion! Ya lo creo, tener la prueba en la mano! Poder! le decir al marido: «Tu mujer te engaña. Lo dudas?! Pues hé aquí el cuerpo del delito!» Y presentarle esos brillantes, los mismos brillantes con los que tantas veces ha sido vencida! Los que constituían su eterna pesadilla! Vamos, es preciso convenir en que es delicioso el suceso! Sin embargo, la impasibilidad de Gonzalo al ver la carta de su mujer me da en que pensar. ¿Será ficcion? (Gustavo se sienta como reflexionando.)

GONZALO. (Entrando sin ver á Gonzalo.) Fatal contratiempo. El aderezo en poder de Emilia! ¿Cómo evitar un escándalo? Ella aborrece á Luisa y... (Viendo á Gustavo.) (Aquí este botarate? Ah! qué idea!) (Se acerca con cuidado á Gustavo y apoyándose en la butaca le dice:) Qué crímen meditas?

GUST. Eh?! (Sorprendido.) Hola, Gonzalillo!

GONZALO. No estaba aquí Ernesto?

GUST. Sí; pero viendo que tardabas, me encargó te dijera que tenía mucho que hacer.

GONZALO. Cuestion de amores, tal vez?

GUST. Puede.

GONZALO. Emilia, eh?

GUST. Cá. Eso ha concluido. Ni Emilia, ni Ernesto se han querido nunca.

GONZALO. De verás? (Fingiendo mucha alegría.)

GUST. Positivamente. (Si yo me atreviera á indicarle...)

GONZALO. No te puedes figurar lo que me alegra esa noticia!

GUST. Á tí?—Por qué?

GONZALO. Sé que va á extrañarte mucho. Pero eres un amigo discreto, puedes ayudarme, y no tengo inconveniente en hacerte una confesion.

GUST. Soy una piedra. Te lo aseguro!

GONZALO. Pues bien; estoy enamorado, locamente enamorado!

GUST. Tú?! De quién?

GONZALO. De una mujer por quien estoy dispuesto á hacer todo género de sacrificios. Á quien hoy quiero dar una prueba de la pasion, de la ardiente pasion que siento por ella!

GUST. Pero quién es, sepamos!?

GONZALO. No lo has comprendido?

GUST. Tu mujer?

GONZALO. Cá... Emilia!

GUST. Caracoles! (Dando un salto de sorpresa.) No sabía una palabra!

GONZALO. Comprenderás que mi estado no me permitía hacer demostraciones.

GUST. Es verdad! Tú tienes deberes...

GONZALO. Deberes que si hasta ahora he respetado, hoy ya no puedo. Al corazon no se le manda, no hay reflexion posible que mitigue sus afectos, y el mio no late más que por Emilia; por Emilia, á quien amo con toda mi alma!!

GUST. (El demonio que entienda este lío! El marido por un lado, miéntras que la mujer... Es delicioso!!) Y bien, en qué puedo servirte? Cuenta conmigo para todo.

GONZALO. Estoy en una situacion muy comprometida!—Hace tiempo buscaba el medio de hacer comprender á Emilia mi pasion! De darle una prueba clara, terminante. Pero esto había que hacerlo de una manera delicada—yo no tengo la libertad de un soltero.—Ni ella podía admitir una manifestacion pública de mi cariño sin comprometer su reputacion.

GUST. Es verdad! No es posible encontrar un medio.

GONZALO. Sí, lo he encontrado.

GUST. Eh?

GONZALO. Y magnífico!—Sí tú me ayudas, éxito seguro!

GUST. Sí, sí; cuenta conmigo.

GONZALO. (Oh!) Pues bien; Emilia tiene, como todas las mujeres, una debilidad; le gusta el lujo, luchar con las demas y vencerlas, por su elegancia y por sus joyas. Mi mujer es ahora su rival.

GUST. (No lo sabes tú bien!)

GONZALO. Luisa posee, ó mejor dicho, poseía un aderezo de brillantes que yo le regalé al casarme con ella.

GUST. (Cáspita, qué es esto!?)

GONZALO. Esos brillantes sé que los ha deseado mucho Emilia. Que al ver á Luisa adornarse con ellos, se ha creido humillada, vencida: y yo que prefiero su dicha á todo, me propuse regalárselos.

GUST. Cómo, tú? (Muy asombrado.)

GONZALO. La cuestion era difícil, como comprenderás. Pero chico, hay un Dios que protege á los enamorados! Y la casualidad ha venido á proporcionarme un medio de realizar mi deseo.

GUST. (Pues señor, no lo entiendo!?)

GONZALO. Un amigo á quien yo quería favorecer, salvar de un conflicto, necesitaba pagar una cantidad, y vino á pedirme ese dinero. Fingí no tenerlo, conté á mi mujer el apuro en que me encontraba, proponiéndole que mandára esa alhaja en depósito hasta que se pudiera pagar esa cantidad; creí que no accedería á mi pretension pero me equivoqué, accedió.

GUST. (Y nosotros que creimos!...)

GONZALO. Ese aderezo está en poder de un usurero. Y si Emilia quiere no volverá á manos de mi mujer.—Un robo en casa de ese usurero ántes de sacar esa alhaja; cualquier otra circunstancia, en fin, puede servir para que Luisa no sospeche, y yo pueda dar esa prueba de amor á a mujer á quien adoro!!

GUST. (Conque era éste quien!.) Pues chico, dáte la enhora-

buena!

GONZALO. Qúé?

GUST. Ese aderezo está ya en poder de Emilia. Ernesto, creyendo el infeliz que es ella quien pagó su deuda, se lo ha mandado.

GONZALO. Oh! qué dichosa casualidad!!

GUST. Pero ella no sospechará siquiera que seas tú, ni yo; la verdad, como ese aderezo era de tu mujer...

GONZALO. Já! já! já! Tiene gracia!

GUST. Mucha! Já! já! Cuando Luisa es la víctima!!

GONZALO. Sí, inocente de todo!

GUST. Qué pillin eres! Qué tunante! (Y Ernesto, qué inocente!)

GONZALO. Sí, pero mira, convendría que tú indicáras á Emilia... que exploráras su voluntad...

GUST. Al momento; ya lo creo! (Qué lio!)

GONZALO. Si quieres ir á verla ahora, te dejaré en mi coche, yo voy al Casino, y allí espero el resultado.

GUST. Cuando quieras.—Qué listo eres!

GONZALO. Sí, sí. (Oh! primero mi honor, despues la venganza!) (Váse.)

GUST. (Y el infeliz Ernesto que hablará á la otra... creyendo... que.... Já, já! (Váse.)

ESCENA VI.

LUISA, sale de su cuarto seguida de ROSA.

LUISA. No. Dí que desenganchen; tengo gente á comer y es ya muy tarde.

ROSA. (Medio mutis por el foro.) Está bien.

LUISA. El señor ha salido?

ROSA. Creo que sí, señora.

LUISA. Bueno, vé.—Ah! Si está Miguel en casa, dile que entre. (Rosa saluda y se va.) En el correo de hoy debe haber llegado dinero... Estábamos amenazados de un embargo... expuestos á que las gentes se enteráran... y ya que él no ha puesto el medio de impedirlo, á mí me tocaba hacerlo.

ESCENA VII.

LUISA y MIGUEL.

MIGUEL. Manda usía?

LUISA. Sí, Miguel, atiende. Se ha recibido dinero?

MIGUEL. Sí, señora; en el correo de hoy ha llegado de Lorca.

LUISA. Y el señor marqués te ha pedido?

MIGUEL. Hace un rato le entregué cuarenta mil reales.

LUISA. (No hay duda!)—Por supuesto no le habrás dicho nada de lo de anoche?

MIGUEL. No, señora. (Quiere el señor marqués que lo ignore.)

LUISA. Bueno, Miguel; puedes retirarte.

MIGUEL. No quiere usía nada más?

LUISA. Nada. (Váse Miguel.)

ESCENA VIII.

LUISA, despues ERNESTO.

LUISA. No hay duda. Ese dinero era para pagar su deuda.—Verá el aderezo, tendré que confesarle la verdad; recurrí á él porque no tenía en mi poder otra joya que pudiera sustituirle... y... Bah! bah! qué tonta soy, él es bueno y lo comprenderá todo...—Me alegraría tener el aderezo para esta noche. Emilia come aquí, y francamente, gozo tanto al verla sufrir!!

JULIAN. (Desde la puerta.) El señor marqués de Monteblanco.

LUISA. Que pase. (Váse Julian.) Afortunadamente me pilla ya vestida.

ERNESTO. La molesto á usted?

LUISA. Al contrario!...

ERNESTO. He venido tan temprano...

LUISA. Pues se lo agradezco á usted mucho, y así me hará usted compañía hasta la hora de comer.

ERNESTO. Entónces me felicito haber tenido la oportunidad de venir.

LUISA. De veras?!

ERNESTO. Dónde puedo estar mejor que á su lado de usted?

LUISA. No le echarán á usted de ménos en paseo?

ERNESTO. Quién?

LUISA. Alguna dama...

ERNESTO. Bah!... Quién se ha de acordar de mí?

LUISA. Vamos, no sea usted hipócrita. Todo se sabe.

ERNESTO. Todo se inventa, señora. Lo cierto lo saben pocos.

LUISA. Pero entre esos pocos, puedo contarme yo.

ERNESTO. Tal vez!...

LUISA. Hoy le proporciono á usted el gusto de comer con ella; la convidé anoche.

ERNESTO. Es mayor el gusto de comer con usted.

LUISA. Esa es una galantería que yo agradezco!

ERNESTO. No, Luisa, no es galantería, es... que lo siento así! Debe usted haberlo comprendido hace tiempo!

LUISA. (Con naturalidad.) Sí, he comprendido que es usted una persona muy amable. (¿Qué es esto?)

ERNESTO. Y nada más?

LUISA. Y un buen amigo!

ERNESTO. (Con calor.) Luisa, yo no sé fingir y me es imposible callar más tiempo, ¡sepa usted...

LUISA. (Precipitadamente.) Quiere usted abrir ese balcon? Está esa chimenea tan calorosa!...

ERNESTO. Con mucho gusto. (Cortado y levantándose.)

LUISA. (Sin duda mi conducta de anoche le hizo creer...)

ERNESTO. (No ha querido oirme!? Qué es esto?!) (Yendo á abrir el balcon.)

LUISA. Muchas gracias. (Con coquetería.)

ERNESTO. No las merece. (Ernesto va á sentarse en otro asiento más separado de Luisa, pero ésta le indica el mismo en que estaba.)

LUISA. Qué?! Por qué se va usted tan lejos?

ERNESTO. Perdone usted, creí incomodar...

LUISA. Á mí? Qué disparate! No faltaba más! (Ernesto se sienta donde estaba. Momento de pausa.)

ERNESTO. (Estoy haciendo un papel ridículo! No! Necesito saber si es ella!)

LUISA. Vamos, cuente usted algo.

ERNESTO. No se nada, señora.

LUISA. Poco es, efectivamente!

ERNESTO. Qué ha de saber quien no hace más que lamentarse de su infortunio?

LUISA. Infortunio?

ERNESTO. Sí, he tenido la desgracia de enamorarme de la persona de quien ménos puedo esperar...

LUISA. (Con naturalidad.) Pues no son esas mis noticias.

ERNESTO. Cree usted que debo tener esperanzas?

LUISA. Creo más, creo que debe usted tener la certeza de que es correspondido!

ERNESTO. No lo creo así.

LUISA. Pues se me figura que hace usted mal!

ERNESTO. Hoy, sin embargo, he sabido un hecho que si fuera cierto... Una mujer, un ángel más bien... sacrificando una de sus alhajas...

LUISA. (Eh?!) (Muy sorprendida.)

ERNESTO. Ha pagado la cuenta que...

LUISA. Cómo, sabe usted...

ERNESTO. Sí, usted ha sido, usted que...

LUISA. (Avergonzada.) No tenía dinero en casa, temía el embargo... y... recurrí á esa alhaja.

ERNESTO. (Con alegría.) Oh!

LUISA. Gonzalo lo sabe ya?

ERNESTO. Eh? Ni una palabra! Cómo es posible?!

LUISA. Él, él, me obligó! créame usted.

ERNESTO. Cómo?! Gonzalo?!

LUISA. Sí; su conducta...

ERNESTO. Ama á otra mujer?!

LUISA. (Muy sorprendida.) Eh?! Ah! y le faltaba dinero sin duda! Quién? Quién es?

ERNESTO. No sé!

GUST. (Desde la puerta.) Permiten ustedes?

LUISA. (Ah!) (Reponiéndose.)

ESCENA IX.

DICHOS, GUSTAVO.

GUST. (Saludando.) Siempre tan hermosa y tan elegante.
LUISA. Gracias!
GUST. (Á Ernesto.) Y tú? Qué tal?
ERNESTO. Bien. (Entra un criado con luces.)
LUISA. (Bajo á Ernesto.) (Por favor! Quién es?!
ERNESTO. (Bajo á Luisa.) Yo lo sabré!)
GUST. No está su marido de usted?
LUISA. Creo que no ha venido todavía.
GUST. Me dijo que me esperaba en el Casino, pero como ya era tarde, creí encontrarle aquí.
LUISA. Pues no debe tardar.
GUST. No ha estado usted en paseo?
LUISA. No, no he salido.
GUST. Qué tirana es usted!
LUISA. Por qué?
GUST. Porque estamos en invierno, y sin los rayos del sol se habrán helado los paseantes!
LUISA. Oh! Ya habrán visto otros soles!
GUST. Aquellos son lunas nada más y dejan de brillar en cuanto usted aparece!
LUISA. Qué fino está el tiempo.
GUST. Está justo nada más. No es cierto, Ernesto?
ERNESTO. Ya lo creo!
GUST. (Bajo á Ernesto.) (Ya sabes lo que hay?
ERNESTO. (Bajo á Gustavo.) Era ella!
GUST. Ya lo sé! Pero obligada por él!
ERNESTO. Gonzalo?!
GUST. Ama á Emilia!
ERNESTO. Á Emilia?!
GUST. De modo, que puedes miéntras tanto!...)
LUISA. Qué murmuran ustedes?
GUST. Nada, marquesa. Contaba á Ernesto un secreto que he descubierto hoy.

LUISA. Un secreto?
GUST. Cuestion de amores.
LUISA. Y contra quién?
GUST. (Bajo á Ernesto.) (Aprovecha la ocasion!
ERNESTO. (Id.) Pero es positivo?
GUST. Sí, hombre! No seas tonto.) (Separándose como para decidir á Ernesto, y mirando unos jarrones con flores que debe haber sobre la chimenea.) Qué bonitas lilas tiene usted!
LUISA. Estamos en el tiempo de ellas.
GUST. Y en Madrid abundan. (Mirando á Ernesto y con intencion.)
ERNESTO. (Decidiéndose y bajo á Luisa.) (Ya sé quién es!
LUISA. (Id.) Quién?
ERNESTO. Emilia.
LUISA. Emilia?!) (Dios mio!)
GUST. (Se lo dijo!) (Notando la emocion de Luisa.) Son hermosísimas! (Por las flores.)
LUISA. (Siempre esa mujer!!)

ESCENA X.

DICHOS y GONZALO.

GONZALO. (Á Gustavo.) Estás contemplando tus tocayas?
GUST. (Saludando.) Hola!
GONZALO. (Á Ernesto en tono de broma.) Caballero, tengo el honor...
ERNESTO. El honor es mio.
LUISA. (Á Gonzalo.) De dónde vienes?
GONZALO. Del Casino.
LUISA. Y no has estado en ninguna otra parte?
GONZALO. No. Dónde querías que estuviera?
ERNESTO. (Á Gustavo.) (Y era por regalar ese aderezo á Emilia por lo que...
GUST. Él mismo me lo ha confesado.
ERNESTO. Oh! entónces debo correr á enmendar mi error! Yo no puedo consentir...
GUST. Sí, escurre el bulto y rescata ese aderezo. Quizá la encuentres en casa todavía.
ERNESTO. Sí, sí!) (Váse sin que lo noten.)

GONZALO. (Á Luisa.) Te digo que estuve en el Casino, donde gracias á ese informal (Por Gustavo.) me he llevado un plantón de una hora.

GUST. Protesto. No fué culpa mia. (Bajo á Gonzalo.) (No estaba en casa, la esperé, pero...

GONZALO. (Bajo á Gustavo.) Y no la has visto?

GUST. No ha sido posible.)

LUISA. (De qué hablarán?)

GUST. (Á Luisa.) Verdad que come aquí Emilia?

LUISA. Sí. (Hablaban de ella.)

GUST. (Bajo á Gonzalo.) (No tengas cuidado, yo me encargo..)

LUISA. Quién sostenía lo contrario?

GONZALO. Yo que lo ignoraba!

LUISA. No recuerdas que se lo dije anoche delante de tí?

GONZALO. No, no recordaba.

LUISA. (Me engaña.)

JULIAN. (Desde la puerta.) La señora Baronesa de Santa Lucía.

GONZALO. Que pase. (Váse Julian)

LUISA. (No puedo disimular.) (Váse enjugándose una lágrima.)

GONZALO. Te vas?

LUISA. Sí, vuelvo en seguida. (Váse.)

GUST. Sospechará? (Á Gonzalo.)

GONZALO. Cá! ni una palabra!

ESCENA XI.

LA BARONESA, GONZALO y GUSTAVO.

BAR. He tardado?

GONZALO. Paso á la reina de la hermosura!

GUST. ¡De la elegancia y de... (Reparando en el aderezo que lleva la Baronesa.) (Calle! El aderezo!!)

BAR. Y su mujer de usted? (Á Gonzalo.)

GONZALO. Buena: ahora saldrá. (Reparando en el aderezo.) (Oh!!)

GUST. (Bajo á Gonzalo.) (Desgraciado! Lleva puesto el aderezo.

GONZALO. (Id, á Gustavo.) Fatalidad! Si lo ve mi mujer!!...

GUST. Y qué hacer?!

GONZALO. Advertírselo! (Gustavo se acerca á la Baronesa.)
GUST. Sí, yo me encargo...)
BAR. (Á Gustavo.) Qué le pasa á usted!
GUST. (Bajo á la Baronesa.) (Que ha sido una imprudencia traer ese aderezo.
BAR. Quiero vengarme!!
GUST. Pero, desgraciada, si no es lo que creimos!?
BAR. Qué?
GUST. Luisa es inocente. Esos brillantes son regalo de Gonzalo á usted.
BAR. Regalo de Gonzalo?!
GUST. Se valió de ese medio para que los brillantes llegáran manos de usted.
BAR. Cómo?!)
LUISA. Perdonen ustedes... (Saliendo.)
GUST. (Silencio!) (Á la Baronesa.) Luisa.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Cómo va, Emilia? (Se acerca á saludar á la Baronesa, cuando Gonzalo, para fingir mejor, se acerca y detiene á ésta diciéndole:)
GONZALO. (Somos perdidos si ve mi regalo!) (La Baronesa se queda confusa. Luisa ve en el pecho de Emilia su aderezo y retrocede asombrada.)
LUISA. (Vírgen santa!! Mi aderezo!!) Oh!! (Cayendo sobre una butaca.)
GONZALO. (Nos ha descubierto! (Á la Baronesa.)
BAR. (Con altivez.) Marqués...) (Queriéndose arrancar el aderezo.)
GUST. (Se hundió el firmamento.) (Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior. Luces en escena.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO, solo.

Todos, todos van convencidos de que yo soy el culpable! Sin la farsa que he tenido la feliz idea de inventar, hoy sería yo el víctima, el compadecido á los ojos de todos; pero gracias á ella, soy el culpable, el marido ligero, que no tiene inconveniente en sacrificar á su mujer con tal de conseguir con ello el logro de sus torpes y deshonrosos deseos. Á ella la compadecen y á mí me culpan... ¡qué mundo este! ¡Con cuánta facilidad se le hace cambiar de opinion! La injuria y la calumnia... ¡qué poderosas armas para santificar ó desacreditar! ¡Qué necio el que sólo por apariencias juzga las cosas! ¡Cuánto mal se puede hacer con la máscara de la virtud! Yo soy quien sufre, y sin embargo, parezco ser quien hace sufrir! Pero si hoy he conseguido conjurar el peligro de mi ridículo, quizá mañana no me sea posible, y es preciso evitarlo á toda costa. Basta de contemplaciones. Luisa saldrá de Madrid, cambiará completamente de vida, ó... yo la abandonaré para siempre.

ESCENA II.

GONZALO, ROSA.

Rosa sale del cuarto de Luisa con una taza en la mano.

GONZALO. Cómo sigue la señora?

ROSA. Está ya bien. Dice el médico que sólo ha sido un ataque nervioso.

GONZALO. Pero mandó que se quedára en cama?

ROSA. Sí señor; dijo que convendría mucho. Pero la señorita se encuentra bien y quiere levantarse.

GONZALO. Sin embargo, pudiera perjudicarla...

ROSA. Eso le digo yo, pero la señorita se empeña en...

GONZALO. Bueno, vé. (Sale Rosa por el fondo.) Querrá verme... es natural. Esos brillantes en el pecho de Emilia, le habrán hecho comprender que lo sé todo; sus disculpas no me harán desistir. Mi resolucion es irrevocable!

ESCENA III.

GONZALO, GUSTAVO.

GUST. Uf! uf! vengo muerto! Estropeado! Eso no es mujer, es una fiera!!

GONZALO. Qué sucede?

GUST. Friolera! Está por ahí Luisa?

CONZALO. No, nadie nos oye.

GUST. Pues he tenido que sostener una lucha titánica, créeme, titánica, Gonzalo, titánica!

GONZALO. Pero vamos, dí!

GUST. Por tí, sólo por tí hago yo esto.

GONZALO. Muchas gracias. Pero dí.

GUST. Figúrate que como vistes, saqué de aquí á Emilia. Pues bien, al pronto accedió sin objetar palabra á que la llevase á su casa. Estaba atontada... la sorpresa... la emocion... Ella había admitido esos brillantes, y los traía

con objeto de vengarse de Ernesto y de... Porque has de saber que ella creía otra cosa, no sabía una palabra, y claro, no podía imaginar siquiera que...

GANZALO. Sigue, sigue.

GUST. Pero amigo! se encuentra con que era todo lo contrario de lo que había creido... con que eras tú el que inventando esa farsa, hacías que llegasen á su poder. Es decir, que pensando venir á tu casa por lana... salía... Já! já! já!

GONZALO. Efectivamente, ha sido una fatalidad!

GUST. Pues bien, bajamos la escalera tranquilos, como si nada hubiese sucedido, pero guardando ella un silencio que me hacía presagiar la próxima tormenta, y efectivamente, al darle yo la mano y poner el pie en el estribo de su coche, cayó sin duda en su verdadera situacion, y... cataplum! Reventó en cólera!—«Esto es una burla indigna.»—Pero señora,—le dije yo—considere usted que es un compromiso horroroso. Gonzalo la quiere á usted, y llevado por su pasion...—«Mentira infame!—contesta. —Él me lo ha dicho.—«Ha sido una farsa, ni él me ha querido nunca, ni yo le he dado motivo á una ofensa tan indigna como grosera!»—Pero advierta usted que él, creyendo...—«Nada! Él y usted son los cómplices de ese hombre, de ese...»—Pom! y aquí suelta al pobre Ernesto un adjetivo... que yo no recuerdo en este momento, pero delicioso! divino!! Já! já! já! Porque á pesar de todo, tiene gracia! Cuando el otro infeliz no sabe una palabra, y eres tú, tú sólo quien ..

GONZALO. Y en que quedó? Acaba.

GUST. Quedó, en que se empeñaba en subir, en pedirte una explicacion. Suponte tú la que se hubiera armado delante de Luisa. Nada, quieras que no, la metí en su coche, entré tambien, temeroso de que pudiera volver, y salieron sus yeguas al trote. Pero aquí fué troya! Los malditos nervios empezaron á hacer de las suyas! Le dió una convulsion horrorosa, y allí me tienes sufriendo la más completa cachetina que se le da á mortal; claro, yo

procuré contenerla, evitar que se estropeara contra las paredes del coche, y naturalmente, he recibido todos los golpes, que han sido tantos y de tal naturaleza, que créeme, estoy estropeado, formalmente estropeado!

GONZALO. Yo siento que por mí...

GUST. Bien sabe Dios que sólo por tí sufro...

GONZALO. Pero acaba, en qué quedó?

GUST. Llegamos á su casa, la bajamos del coche, logramos tranquilizarla, pero siempre con la manía de volver aquí para que le dieras una explicacion clara y terminante de tu conducta; de lo cual ha desistido, gracias á mí, pero con la promesa formal, que yo le he dado, de que ántes de un cuarto de hora, el marqués de Valleclaro, se encontraría en su presencia.

GONZALO. Cómo! yo?!

GUST. Es absolutamente necesario, á no ser que prefieras que venga ella á tu casa y te arme un escándalo como el pasado?!

GONZALO. Sí, sí. Yo no puedo permitir que se culpe á Ernesto cuando soy yo sólo quien...

GUST. Claro, el otro pobre, ¿qué culpa tiene...

GONZALO. Sí, sí, vamos. (Es preciso desvanecer sus sospechas!)

GUST. Te advierto, que si no me llevas en coche, no respondo de mí.

GONZALO. Por supuesto. Vamos.

GUST. (Qué líos!) (Vánse.)

ESCENA IV.

LUISA, ROSA.

Saliendo del cuarto de la primera.

LUISA. No necesito nada, déjame.

ROSA. Está usía muy nerviosa y...

LUISA. Te digo que estoy ya bien! Vete.

ROSA. Pero...

LUISA. No seas pesada! Vete y avisa al señor marqués.

ROSA. Ah! (Por un ruido de coche que se nota.)

LUISA. Qué?

ROSA. En este momento sale su coche.

LUISA. (Fatalidad!) Bueno, déjame sola.

ROSA. Como usía quiera. (Sale Rosa.)

LUISA. Se va; no quiere verme; es natural, despues de lo sucedido, ¿qué puede decirme? Nada, nada que lo justifique á mis ojos. El mismo aderezo con que yo pagué su deuda ha servido para obsequiar á esa mujer. Y sin embargo, es tan extraño todo esto... si Gonzalo amase á Emilia, si Emilia le correspondiera, tratarían de ocultarme sus amores; no tendría esa mujer el cinismo de presentarse aquí luciendo mi aderezo, regalado por mi marido, por su amante. No, no, aquí hay un misterio que es preciso desvanecer, y yo he de conseguirlo á toda costa.—Quién podría saber?... Gustavo? No, Gustavo es un títere y no conseguiría nada. Ernesto, sí, Ernesto me dijo que Gonzalo tenía amores con Emilia, él es su íntimo amigo y él debe saberlo todo. Sí, confesará, confesará.—Los hombres emplean la fuerza para vencer; las mujeres empleamos nuestra debilidad y nuestra coquetería, que son armas mucho más seguras! Pero cómo verle?

ROSA. Señorita, el señorito Ernesto preguntaba...

LUISA. (Ah!) Que pase, que pase.

ROSA. Debe de haberse marchado; le hemos dicho que usía estaba indispuesta.

LUISA. Torpes! Que le llamen, que le llamen inmediatamente! (Sale Rosa.) Qué torpeza! Cuando la casualidad me lo depara, cuando voy á saberlo todo... Sí, todo; yo conseguiré que lo confiese!

ESCENA V.

LUISA, ERNESTO.

ERNESTO. Á las piés de usted.

LUISA. Por Dios, Ernesto, perdone usted. Tengo los criados

más torpes del mundo. Les tengo dicho que para usted estoy siempre en casa, y sin embargo...

ERNESTO. Efectivamente, me ha extrañado; yo creí encontrar á ustedes en la mesa todavía.

LUISA. No, no hemos comido. Yo me puse un poco mal, Emilia tambien, y Gustavo y Gonzalo por no comer solos, creo que se fueron al *Cleve*... ó no sé dónde.

ERNESTO. Se ha puesto usted mala?!

LUISA. Sí; pero poca cosa. Los nervios, un ligero ataque sin consecuencia ninguna. Ya estoy bien.

ERNESTO. Tal vez haya sido yo la causa.

LUISA. Usted? Por qué?!

ERNESTO. Fué una imprudencia lo que le dije á usted.

LUISA. Qué disparate! Me preocupa muy poco eso.

ERNESTO. Sin embargo...

LUISA. Al contrario; me alegro haberlo sabido.

ERNESTO. De veras?

LUISA. No comprende usted que así estoy más autorizada?

ERNESTO. (Qué?!)

LUISA. Si la persona por quien la sociedad nos exige tener cierta consideracion prescinde completamente de ella, no es verdad que está una en el caso de hacer lo mismo?

ERNESTO. Es cierto. Pero esa conducta suele á veces traducirse por despecho! Y entónces...

LUISA. Despecho!? Jesús!! Despecho suponen celos, y celos suponen otra cosa que no existe!

ERNESTO. De veras?

LUISA. (Con coquetería.) Ernesto, no es usted quien deba dudar de mis palabras!

ERNESTO. Mi duda, Luisa, es el temor, perdóneme usted; el temor de que me engañe mi deseo!

LUISA. Temor pueril!

ERNESTO. Oh! Puede usted quererme... (Cogiéndole la mano.)

LUISA. (Separándose.) No, no. Puedo, pero no debo...

ERNESTO. Por qué?

LUISA. Porque para ello es preciso tener la conciencia muy

tranquila, tener la seguridad...

ERNESTO. De qué?

LUISA. De lo que hasta ahora no es para mí más que una sospecha...

ERNESTO. Mi amor? Oh!

LUISA. (Necio! no me ha entendido!)

ERNESTO. Qué más pruebas que la pasion de mis palabras, que el fuego de mis ojos!?

LUISA. No, no me refiero á esas.

ERNESTO. Eh?

LUISA. Porque desde luégo las había comprendido. Las pruebas que yo pido, las que exijo, son las de mi libertad, las que me autoricen, ó al ménos me disculpen á sentir lo que otra persona no siente por mí, segun parece.

ERNESTO. Gonzalo?

LUISA. Precisamente.

ERNESTO. Y qué? Gonzalo no ama á otra mujer? No la engaña á usted?

LUISA. Sí, sí; á Emilia, no es cierto? Usted debe saberlo todo, desde cuándo, cómo?

ERNESTO. Yo no sé...

LUISA. Qué? Acaso trata usted de ocultarme lo que ántes me dijo? No es usted su amigo? Pues bien, usted debe saberlo, y yo exijo que me lo diga todo!

ERNESTO. Pero, Luisa, considere usted que...

LUISA. Nada.

ERNESTO. Pero es que yo ignoro...

LUISA. Cómo han llegado á poder de Emilia mis brillantes?!

ERNESTO. Ah! sabe usted?!...

LUISA Sí; cómo han llegado á su poder?

ERNESTO. Perdóneme usted. Yo que no podía sospechar siquiera la felicidad de ser amado por usted... creí que era Emilia quien sacrificaba por mí esos brillantes, y se los mandé.

LUISA. Cómo?

ERNESTO. Realizando, sin comprenderlo, el deseo de Gonzalo. Ella los admitió porque sin duda sabía ya que Gonzalo

se los regalaba. Yo he querido corregir mi imprudencia, he ido á su casa, no la encontré ya, y luégo vine aquí creyendo verla.

LUISA. Pero... yo no entiendo... Usted le mandó esos brillantes? Mi aderezo?

ERNESTO. Sí, creí que era ella y era usted la que me daba esa prueba de amor!

LUISA. Yo? (Levantándose orgullosa.)

ERNESTO. Sí, Luisa, su corazon de usted me pertenece, y nadie, nadie podrá oponerse á nuestra felicidad!

LUISA. (Altiva.) Ernesto! Quién le ha dado á usted derecho á creer...

ERNESTO. Á qué fingir más? Es usted libre y el mundo entero está enterado de nuestros amores!

LUISA. Miente, miente quien tal diga!

ERNESTO. Señora! Es inútil. Si luchando su conciencia con su corazon, trata usted de ocultarme lo que hace poco me ha confesado, es ya tarde.

LUISA. Lo que yo he confesado?!

ERNESTO. Comprenda usted que debió haberlo pensado ántes!

LUISA. Basta! Salga usted de mi casa! Pero no! Ántes sepa usted, que si mis imprudentes palabras han dado motivo á que usted creyera lo que no existe, lo que no ha existido, lo que no puede existir jamás!! fué sólo... porque celosa, celosa de mi marido, he pretendido por este medio que usted me confesára sus amores, que usted me probára lo que á mí se me resiste creer!

ERNESTO. Cómo, ha sido?!...

LUISA. Y si mi amabilidad con usted ha podido hacer creer al mundo otra cosa!... sepa el mundo y sepa usted, que era sólo hija de mi amor propio, de mi vanidad! Sí, quería luchar con las otras mujeres, quería vencerlas sin pensar que me perdía yo á los ojos de los necios!

ERNESTO. Pero...

LUISA. Sí, comprendo que hacía mal, que era imprudente mi conducta. Pero si yo lo confieso, si yo misma me culpo? quién tendrá ya derecho á recriminarme? Quién?...

Y basta! Salga usted, yo lo exijo!!

ERNESTO. No, ántes óigame usted.

LUISA. (Indicándole la puerta.) Nada!

ERNESTO. Á los piés de usted! (Váse.)

ESCENA VI.

LUISA, despues MIGUEL.

LUISA. Gonzalo, Gonzalo me ha colocado en esta situacion y despues me desprecia por otra! Oh! no! Yo le juro que no ha de ser así. Miguel! Miguel. (Llamando.)

MIGUEL. Manda usía?

LUISA. Sí. Preven todo lo necesario para salir mañana por la mañana.

MIGUEL. Se va la señora?

LUISA. Sí, mañana mismo.

MIGUEL. Y el señor marqués sabe?...

LUISA. Para qué he de dar cuenta de mis acciones á un hombre que me abandona, que me desprecia por otra? (Sale Gonzalo por la derecha, y se detiene oyendo detrás del portier.)

MIGUEL. Cómo?! Imposible! El señor marqués ama á usía.

LUISA. Me ama y regala mis brillantes á otra mujer, agradeciendo así el sacrificio que yo hice por él?

MIGUEL. Pero considere usía...

LUISA. Si yo no veo la carta que recibió de ese usurero y se efectúa el embargo... Oh! por qué la quise ver?

GONZALO. (Desde el paño.) (Cómo! Vió la carta de Ernesto y creyó que era mia!)

LUISA. Nada. Vé y disponlo todo.

MIGUEL. Como usía quiera. (Váse.)

ESCENA VII.

LUISA, despues GONZALO.

LUISA. Sí, le dejaré escrita una carta; para qué he de verle!

GONZALO. (Saliendo.) (Feliz circunstancia! Yo sabré aprovecharla.)

LUISA. (Viendo á Gonzalo.) Ah!

GONZALO. (Con hipocresía.) Si el arrepentimiento es virtud suficiente para alcanzar el perdon de un error pasado, yo lo imploro de mi mujer!

LUISA. Y tienes el cinismo de confesar tu falta?

GONZALO. Luisa, atiéndeme.

LUISA. Qué puedes decirme? No lo he visto por mis propios ojos?!

GONZALO. No trato de negarlo. Pero sí de justificarme.

LUISA. Justificarte?

GONZALO. Sí, justificarme. Porque si en un momento de error pude olvidarme de tí, fijar mis ojos en otra mujer... Hoy arrepentido vuelto á tí, á tí á quien amo.

LUISA. Falso! Si me amases, cometerías conmigo tal infamia?

GONZALO. Qué quieres? Lo confieso. La sociedad en que uno vive, las contínuas tentaciones que en ella se encuentran, la vanidad de querer lucir más que otros, el amor propio, en una palabra.

LUISA. No, no! La ingratitud... y la infamia!

GONZALO. Te aseguro que...

LUISA. Pues bien; si es verdad que puedes quererme todavía, pruébamelo.

GONZALO. De qué modo?

LUISA. Mañana saldremos de Madrid, al campo, á cualquier parte donde puedas amarme, puesto que tu cariño es tan débil que no resiste á las tentaciones con que le brinda esta sociedad, que yo detesto.

GONZALO. Qué disparate! Vas tú á privarte de la vida de lujo y fausto que hoy disfrutas?

LUISA. Sí, te comprendo! Eres tú quien no quiere privarse de ella, y me culpas á mí?

GONZALO. No, pero es una niñería, y á mí me toca tener juicio.

LUISA. Oh! basta! Sí, no quieres abandonar los mentidos placeres con que te brinda esta sociedad... Si estás ciego hasta el punto de abandonarme, bien está: iré yo sola. Une tu fortuna á la mia, y derrocha con ellas. Qué te importa á ti que yo sufra?

GONZALO. Pero atiende, Luisa...

LUISA. Ó dejar Madrid para siempre, ó no volverme á ver: elige.

(Va á entrar en su cuarto y se detiene al ver entrar á Gustavo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, GUSTAVO.

GUST. Aquí me tienes otra vez! Ah! Perdone usted, no sabía...

(Viendo á Luisa y ocultando un estuche que trae.)

GONZALO. Qué traes de nuevo?

GUST. (Bajo á Gonzalo.) (El aderezo. Pero calla!)

GONZALO. (Alto.) Traes el aderezo?

LUISA. (Qué?!)

GUST. (Bajo.) (Hombre, que está tu mujer delante!)

GONZALO. (Bajo, tomando el estuche.) (No importa.)

GUST. (Bajo.) (Pero considera....)

GONZALO. (Bajo.) (Lo sabe todo.) (Alto.) Qué es esto? una carta?

GUST. (Aqui va á ser ella!)

GONZALO. (Leyendo el sobre.) «Á la señora Marquesa de Valleclaro.»

GUST. Efectivamente, me rogaron...

LUISA. (Con sequedad y tomando la carta.) Gracias, venga.

GUST. (Bajo á Gonzalo.) (Desgraciado! Si es de Emilia!)

GONZALO. (Fingiendo resignacion.) Qué remedio?

LUISA. «Señora Marquesa: Al devolver á usted un aderezo que »de tan extraño modo ha llegado á mis manos, permí»tame usted que le dé un consejo saludable. En lo su»cesivo, guarde usted con más cuidado esa preciosa »joya, puesto que su marido de usted atribuye á esos »brillantes virtud maravillosa, y los emplea sin duda »como infalible amuleto para rendir voluntades.» (Mira con seriedad á Gonzalo y éste baja hipocritamente la cabeza.)

GUST. (Qué mirada! Ni una saeta!)

LUISA. (Leyendo.) «Por esta vez la virtud del amuleto ha sido »tan ineficaz como usted podía desear, y el conquista»dor habrá aprendido á no fiar de un modo tan absolu»to en su poder.» (El mismo juego.)

GUST. (Pobre Gonzalo! Qué tunda!)

LUISA. (Leyendo.) «Sin embargo, como no siempre se empleará »para rendir voluntades á prueba de brillantes...»

GUST. (Chupate esa!)

LUISA. (Leyendo.) «Y como nunca faltan medianeros celosos, »como el portador de esta carta...» (Mirando á Gustavo.)

GUST. (Bajo á Gonzalo.) (Eh?! Pues ese palo parece que sea para mí?!)

GONZALO. (Bajo á Gustavo.) (Aprension!)

LUISA. «Como el portador de esta carta...»

GUST. (Bajo á Gonzalo.) (Hombre, y tú la dejas leer?)

GONZALO. (Encogiéndose de hombros.) Chico...

LUISA. (Leyendo.) «Que saben infundir valor á los conquistado- »res, presentándoles como cosa llana el éxito de sus »empresas.»

GONZALO. (Fingiendo indignacion.) Oh! Esto ya es demasiado! Maltratar así á mi mejor amigo! Suponer!...

GUST. Sí, señor, suponer que yo... que yo... es delicioso!!

GONZALO. Necesito tener una explicacion con esa señora. (Yendo á coger el sombrero.)

LUISA. (Deteniéndole.) No: Para qué? Gustavo sabrá (Con ironía.) rechazar por sí mismo esa... calumnia.

GUST. Claro que sabré!

LUISA. Y como estos casos de honra es menester ventilarlos lo más pronto posible... (Dándole el sombrero.)

GUST. No, no tengo prisa! pero yo le aseguro...

LUISA. Cuanto ántes mejor. Aquella es la puerta. (Indicándoseta.)

GUST. (Bajo á Gonzalo.) (Qué?! Me despide!

GONZALO. Ya lo veo.

GUST. Y tú, no lo evitas?

GONZALO. Con qué derecho? Si soy el culpable. Á mí me saca de Madrid.

GUST. Á tí?

GONZALO. Condenado al ostracismo!

GUST. Pobre Gonzalo!)

LUISA. (Á Gustavo.) No va usted?

GUST. Sí, en seguida—Yo le diré á esa señora... (Voy á con-

tar todo lo que he visto!)

ESCENA ÚLTIMA.

LUISA y GONZALO.

LUISA. Y bien, has oido la carta?
GONZALO. Ella te demostrará la poca gravedad del suceso.
LUISA. Pero puede repetirse y...
GONZALO. Yo te aseguro que no.
LUISA. Esa seguridad la tendré mejor fuera de Madrid.
GONZALO. Piénsalo bien.
LUISA. Estoy decidida.
GONZALO. Si te obstinas, me resigno.—Te seguiré.
LUISA. (Oh! vencí!)
GONZALO. (Con alegría.) (Pobrecilla!)
LUISA. (Con orgullo.) Te destierro para mucho tiempo!
GONZALO. (Hipócritamente.) Qué remedio! Con tal que no me destieres de tu corazon!
LUISA. (Con duda.) De mi corazon?—Hasta mañana.
GONZALO. (Contento.) Hasta mañana (Vencí!! Es un ángel!)
(Cae el telon.)

FIN DE LA OBRA.

A LOS SEÑORES ACTORES QUE ESTRENARON ESTA OBRA.

No soy ingrato, y quiero hacer constar de una manera pública mi gratitud hácia todos ustedes, y particularmente hácia la Sra. Alverá de Nestosa y Sr. Morales, por el cariño con que acogieron esta comedia desde el dia en que les fué leida.

La notable interpretacion que obtuvo contribuyó en mucho á su éxito, y así lo publica como lo agradece de corazon

EL AUTOR.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.